

ENTREVISTA A INÉS ARREDONDO

Me apasiona la inteligencia

Mauricio Carrera

Contesta Inés Arredondo: "Caminar no camino, hacer no hago, y pensar... pienso en la muerte." Lo dice con un dejo de resignación y también de desafío. Es la respuesta que da a una de las dos preguntas que como opción se le proponen para iniciar la entrevista. La otra también la responde:

-¿Por qué llamarse Inés Arredondo si su verdadero nombre es Inés Camelo?

-Le voy a contestar con una broma -se anima-: ¿Cómo cree usted que se iba a ver un escritor *camelo*? Mal, ¿verdad? ¿De mis cuentos qué iban a decir? Pues que son un camelo. Así que como usted ve, para no ser considerada un *camelo* no me quedaba otra opción que la de cambiar de nombre...

Eso, *off-record*. Después, grabadora encendida ("esos aparatos no me gustan; digo cosas sin pensarlas y luego me arrepiento"), responde en serio:

-Me llamo Inés Camelo Arredondo, de tal manera que, en realidad, no cambié de nombre sino que escogí mi otro apellido. ¿Por qué? Por que era el de mi abuelo materno. A él le debo haber podido estudiar aun en contra de la voluntad de mi padre y haber salido de mi pueblo, un pueblo donde la señoritas bien no acostumbraban estudiar y hacer carrera como los hombres, sino aprender inglés y buenos modales en Estados Unidos. Mi padre era un hombre culto pero temía que moralmente, sola en la gran ciudad, me echara a perder. Mi abuelo, en cambio, que era un hacendado, no tuvo grandes estudios pero comprendió mi interés por la filosofía -porque eso vine a estudiar, no Letras- y me apoyó: se responsabilizó de mí y me mantuvo la carrera. Le debo lo que soy. Por eso me llamo Inés Arredondo. Por eso y por otra razón: mi madre fue hija única y con ella terminaría el apellido de mi abuelo. No quise que

eso sucediera. Por amor y por agradecimiento quise que su apellido se alargara en mí. Además no se trata de un seudónimo. Ya lo legalicé. Legalmente me llamo Inés Arredondo.

-A su abuelo le dedica *La señal*, su primer libro. ¿Cuál fue la reacción de él ante esa dedicatoria y, en general, ante esos cuentos?

-Por desgracia no los pudo leer. Cuando el libro apareció ya había muerto. Pero estoy segura de que no le hubieran gustado. Mi abuelo era un conservador, y a pesar de que entendía muy bien mi interés por estudiar filosofía, en el libro se tocan temas que hubiera juzgado eran para la intimidad y no para escribirlos a manera de cuentos.

-Pero, ¿sabía su abuelo de esa inquietud suya por escribir?

-No, absolutamente no. Además, yo no tenía en aquel tiempo inquietud alguna por escribir. Comencé a hacerlo tarde, y casi por casualidad. Claro que de adolescente había escrito cursilerías, como todo buen adolescente, pero eso está tan lejos como mi adolescencia.

NACÍ PARA ESCRIBIR

-¿Qué casualidad la motivó a escribir?

-La he platicado tantas veces que va a caer usted en la redundancia -parece molestarse. Me ha dicho que no le gustan las entrevistas (las conversaciones largas sí, "son lindas", dice, pero no las entrevistas). La razón: "siempre me preguntan lo mismo"- . Pero, le voy a contestar: yo había perdido un hijo y estaba muy mal interiormente. Nadie ni nada me podían consolar de ese dolor. Me puse a traducir un cuento del francés para tratar de fijar

la atención en otra cosa; de pronto, sin embargo, me encontré escribiendo algo que no era la traducción, y proseguí. Así salió mi primer cuento. Un cuento que fue publicado, precisamente, en la *Revista de la Universidad*.

-¿Qué cuento era?

-"El membrillo."

-¿Cómo se dio la publicación de ese cuento?

-Yo estaba casada con Tomás Segovia, quien fue el primero que lo leyó y al primero que le pareció que estaba bien. Lo llevó a la Redacción de la revista y fue publicado.

-¿Y qué tal? ¿Qué sintió esa muchachita provinciana al ver publicado su primer cuento?

-No lo recuerdo. En primer lugar porque nunca he leído un cuento mío ya impreso, y en segundo por que no creí que se tratara más que de una casualidad. Por aquel tiempo asistimos a una exposición de Gironella, y sí, me encontré con varios amigos que habían leído mi cuento y que les había gustado, pero nada más, no me entusiasmé en absoluto. En verdad no me lo creí.

-¿Y cuándo comenzó a creerlo?

-A mí me hizo escritora "La señal." Cuando escribí ese cuento supe que había nacido para eso: para escribir 33 cuentos, que son los únicos que tengo hasta ahora; pero, si nací, fue para escribir y para amar. Sobre todo a mis tres hijos y al amor.

-¿"La señal" fue el cuento inmediatamente posterior a "El membrillo"?

-No, escribí antes otros; pero fue "La señal" el que me dio la pauta. Me brindó toda mi intencionalidad en cuanto a forma y tema. Me enseñó que yo tenía que escribir palabra por palabra para ser responsable de lo que escribía. Si usted se fija, en mi prosa no hay desperdicios. Me impongo la disciplina de buscar la palabra exacta, no me conformo con sinónimos.

-¿De ahí sus 33 únicos cuentos?

-Escribo muy lentamente. Escribo a mano y tachando, retachando y metiendo frases complementarias en el margen de la hoja. Luego dejo dormir el cuento, y cuando creo que tengo la distancia crítica que es necesario darle, lo leo, lo corrijo de nuevo y entonces lo publico. Por eso son tan pocos. También, porque yo sí me atrevo a declarar que necesito de la inspiración para escribir. No puedo escribir un cuento del cual no haya recibido el tono adecuado. No importa que ya sepa la historia. Las historias vienen de diferentes maneras. A veces por un tema obsesivo; en otras por una frase que uno escucha en una conversación. Pero aunque tuviera hecha toda esa historia, mientras no me da el tono, es decir una oración, una frase con el tono que debe llevar ese cuento, no puedo escribir.

-¿Esa inspiración podría traducirse como "La señal"?

-Sí, eso es, precisamente: "La señal".

BECARIA EN EL CENTRO MEXICANO DE ESCRITORES (1961)

-Fue ese un año perdido. Perdido porque soy incapaz de escribir un cuento al mes. Todos los cuentos que hice durante la beca fueron abortos, cuentos echados a perder. En realidad no debía haberla solicitado, si lo hice fue por dinero...

-¿Por dinero?

-Sí, porque escritor Tomás y escritora yo (bueno, seudoescritora, porque no escribía), y con tres hijos, no nos alcanzaba nunca el dinero. La beca ayudó. Me dio la oportunidad de no trabajar y de dedicarle las mañanas a mis hijos, y las tardes, de contratar una niñera que los cuidara mientras yo escribía o me ponía a leer.

-¿De los cuentos que escribió hubo rescates?

-Hubo un solo rescate. Un cuento muy largo que fue el único que dejé en el Centro Mexicano de Escritores. Los demás los robé para que no quedaran constancias de mis fracasos. Eso lo confieso ahora que ya no me pueden hacer nada. Pero sí, los robé....

-Don Felipe García Beraza, estoy seguro, se sonreiría ahora ante ese robo. Pero, en fin, ¿cómo eran las sesiones? Participaban Margaret Shedd y Ramón Xirau, ¿no es cierto?

-Sí, La crítica de la señora Shedd era muy rara. La de Ramón era buena pero al principio no me entendía. En cuanto a los demás becarios, nos hacíamos pedazos los unos a los otros. Era una manera de lucirse. Después nos íbamos a tomar un café y nos sincerábamos: "lo que te dije no era cierto pero había que criticar". Mis compañeros fueron Miguel Sabido, Jaime Augusto Shelley, Guadalupe Dueñas, Vicente Leñero y dos gringos cuyos nombres no recuerdo.

-¿Por qué definía la crítica de la señora Shedd como "rara"?

-Tenía una visión creo que muy norteamericana de la literatura, una visión que no era la más apropiada para juzgar lo que hacíamos nosotros, los becarios mexicanos. Un criterio que no nos ayudaba y que, incluso, nos estorbaba. Trataba de clasificarnos. Por ejemplo, de algunos de mis cuentos decía: "parece una balada", cosa que, por supuesto, a mí no me parecía y me hacía encender de enojo.

-¿Bueno, pero en términos generales, ¿sirvió o no sirvió la beca del Centro?

-Sí, por lo del dinero y para hacer amigos, pero nada más. Como escritora me desanimó. Tanto cuento echado a perder fue muy traumático para mí. Lo sentí como un fracaso.

LA NOVELA INCONCLUSA

En 1963 Inés Arredondo gana junto con Tomás Segovia otra beca, la de la Farfield Foundation, "que fue una ganga" dice. Nos pagaron un mes de estancia regia en Nueva York, con dinero suficiente para ir a cualquier espectáculo. No dormíamos de tanto que había que ver y hacer. Una experiencia inolvidable". De



Inés Arredondo

Nueva York viajan a Francia ("aquello fue la gloria", recuerda) y de Francia a Italia:

-La maravilla. De Florencia me enamoré. Íbamos a estar un día o dos y nos quedamos quince. Me gustó, me encantó. Tanto, que me decía que algún día tendría que regresar a Florencia y vivir ahí y escribir mi novela...

-¿Su novela? Usted es cuentista.

-Sí, pero por aquel entonces quería escribir una novela. Ahora ya no. He hecho intentos. Tengo una novela en la cabeza con trama, personajes, pero la escritura no se me da. Me fracasa la prosa suelta, los diálogos largos, y me da miedo ponerme a escribir una novela con el mismo rigor con que escribo un cuento. Por supuesto, por aquel tiempo yo no estaba consciente de esto y me decía: en mi vejez regresaré a Florencia para escribir mi novela.

-¿Esa novela tenía trama y personajes o únicamente tenía eso: intención de escribir una novela?

-La novela era sobre Hernán Cortés. Leí mucho sobre él y recolecté mucha información. La comencé a escribir pero como tenía que trabajar, y con hijos, se me fue el santo al cielo. Además me sucedió una desgracia. Tuve que cambiar de casa y todos mis libros, que en realidad eran del doctor Ignacio Millán, pero que él me hizo sentir como míos, incluidos lo que me eran indispensables para la novela, y mi fichero, los dejé con una persona que me consideraba casi como una hermana. Un buen día tuve que viajar y, al regresar, me encontré con que esa persona había desaparecido y con ella su mi biblioteca. Fue una verdadera desgracia, una desgracia de la que todavía no me repongo.

POCO PRÁCTICA COMO AMA DE CASA

De 1961 a 1964 Inés Arredondo radica en Montevideo. Otra temporada perdida en términos de escritura.

-Sólo escribí dos cuentos -se lamenta-. "Canción de Cuna" y la "Extranjera". Tengo otro que sucede en Montevideo, pero ese lo escribí aquí, en México. El problema está en que soy poco práctica como ama de casa. En Montevideo no hay servicio doméstico y me tuve que de-

dicar, más que a escribir, al hogar. A sortear dificultades simples en apariencia, pero que para mí eran tan complicadas, como la lucha por el queroseno, por ejemplo. En el Montevideo de aquellos años era cuestión de sobrevivencia. Los veranos eran espléndidos, pero los inviernos... ¿Conoce usted las lámparas *Primus*? Bueno, pues se cocinaba con lámpara *Primus* y se calentaba uno con lámpara *Primus*. La locura.

-¿A su regreso de Montevideo publica La señal?

-Sí, pero no me entusiasmó su publicación. Tampoco me sentí la gran escritora. No lo tomé así porque me pareció que el libro no había tenido repercusión y que no tenía trascendencia. A pesar de todo, seguí escribiendo. Era ya una necesidad. Así soy yo. Escribo por necesidad, si no, no lo hago. Quiero decir, no me propongo escribir: escribo cuando siento la necesidad de hacerlo. En ese momento me pongo a escribir como loca, pero, mientras no ocurra, no escribo, no hago nada. Leo, simplemente.

-¿El Premio Villaurrutia que recibió por Río subterráneo le hizo cambiar de idea, pensar que su obra sí tenía repercusión, que era reconocida?

-Sí y no. Recibir el premio fue muy grato. También he tenido otros reconocimientos. Pero en el fondo es algo que no me llega. No soy vanidosa. Los premios no me ayudan a vivir. Escribir, sí. Los premios los agradezco, me encantan, pero preferiría cambiar un premio, cualquier premio, por la posibilidad de escribir otro cuento.

LA MIRADA DE MARIANA

-Mariana fue un fracaso tan rotundo que todos nos quedamos muy tristes, dice. (Se refiere a la película que sobre el cuento homónimo dirigiera el extinto Juan Guerrero.) Por supuesto, eso no fue obstáculo para que yo siguiera queriendo con todo mi corazón a Juan. Fue una lástima, porque la primera parte, la de la infancia, es preciosa. La segunda no. Pixie Hopkins, que hizo de Mariana adulta, no era la adecuada. No tenía la mirada de Mariana: "esa mirada que es todo el silencio, la imposibilidad, la eternidad, donde ya no somos, donde jamás volveré a encontrarla."

-Leí un artículo de Juan García Ponce sobre esa película donde decía que Cecilia Imaz, que la hizo de Mariana adolescente, sí era Mariana...

-¡Ah! era espléndida esa muchacha. Nunca en su vida había pensado en el cine o en el teatro, trabajaba en un banco, pero hizo muy bien el papel: resultó una maravilla. Si alguna vez llega a ver la película (la pasan de vez en cuando en el 13), vea únicamente el principio y cuando aparezca en la pantalla un caballo a galope, apague su televisor. Lo demás no vale la pena...

-¿Cómo contrataron a Cecilia Imaz?

-La encontramos en Culiacán. Pusimos un anuncio en el periódico: se busca muchacha de tantos a tantos años que quiera participar en una película. Di la dirección de mis padres y el día indicado asistieron como 200 aspirantes. Pero ninguna daba el tipo. En eso vemos entrar a una muchachita que venía a buscar a su hermana, y Juan y yo dijimos: ¡esa es! Era Cecilia Imaz. La convencimos y convencimos a sus padres y nos la trajimos a México. No salía más que con nosotros. La cuidábamos mucho. No daba ni entrevistas, ni citas, nada. Se portó muy bien y actuó como si lo hubiera hecho toda la vida.

-¿Qué pasó con ella?

-Se entusiasmó con la película y con el cine en general. Quería entrar de lleno a ese mundo, continuar como actriz. Nosotros, Juan Guerrero y yo, la convencimos de que no lo hiciera. Pensamos que no le convenía y así se lo dijimos. Nos sentimos moralmente muy mal. Mal porque nosotros habíamos metido en ella el gusanito del cine en el alma y porque la apartábamos de ese mundo no por mala, al contrario, actuaba maravillosamente, sino por cuidar su integridad moral. No era ambiente para ella. Juan García Ponce, cuando se lo dijimos, se enojó con nosotros. Nos dijo de todo. Pero creo que hicimos bien. Hoy ella está casada, tiene a sus hijos y es feliz. Aquí quién sabe cómo le hubiera ido...

ME APASIONA LA INTELIGENCIA

-En 1967 se recibe en la carrera de Letras Españolas con una tesis sobre Jorge Cuesta. ¿Por qué sobre él?

-Porque me apasiona la inteligencia.

-¿Fue él el más inteligente de los Contemporáneos?

-Sí, fue el cerebro de los Contemporáneos.

-Una rara mezcla de científico y de poeta...

-Y de político, ensayista y de otras cosas que no se saben pero de las que es mejor no hablar porque son parte de su vida privada, y son tristes.

-Como su suicidio...

-Sí, una muerte tan cruel y prolongada.

-¿No fue, paradójicamente, su enorme inteligencia la que lo mató?

-Dicen que fue producto de los experimentos que él hacía sobre sí mismo. Una vez alguien me contó lo siguiente. Alguien del que no hubiera sospechado que sabía algo de Jorge Cuesta: un gerente de un ingenio azucarero que como parte de la conversación dijo: "Las mujeres más hermosas son siempre las más desgraciadas. Más hermosa que María Félix era Natalia Cuesta..." Por supuesto, oí Cuesta y de inmediato saqué mis uñas para preguntar. Me contó muchas cosas, sobre todo de política, en las que Cuesta estaba metido y con Miguel Alemán como enemigo. Me describió a Jorge Cuesta: caído de hombros, con su ojo... así, al parecer a consecuencia de un golpe que se dio de niño al caer de los brazos de su nana o de su madre. Me contó que en una ocasión Jorge Cuesta estaba muy alegre y exaltado porque había descubierto "el elixir de la vida". El gerente del ingenio no lo creyó y Cuesta le dijo que se lo iba a demostrar. "¿Qué te gustaría tomar?", le preguntó. "Algo que no hayas bebido nunca". "Ajenjo", fue la sorpresa. Compraron una botella de ajeno y, antes de beberla, Cuesta sacó un frasquito y vertió unas gotas de su contenido en el vaso con agua. "Bebe esto", le dijo, y después bebieron el ajeno. La botella completa, ¿se da cuenta de lo que es eso? Se terminaron esa botella y luego otra. Después tomaron vino con mole y por la noche coñac. Cuesta le preguntó: "¿Cómo te sientes?" y el otro le contestó: "Muy bien".

"Te das cuenta del alcance de mi elixir?", dijo Cuesta, "todo lo que hemos bebido y no nos hemos emborrachado". El gerente cayó en la cuenta de que era cierto,

pero le reclamó: "Óyeme, tanto trabajo que nos cuesta a los hombres irnos a emborrachar y llegas tú con tus gotitas y nos quitas ese placer. No. Vete de aquí con esas cosas." Así era Cuesta: hacía experimentos y los probaba consigo mismo.

-¿Su tesis aborda estos aspectos de su vida?

-No. Mi tesis es sobre el *Canto a un dios mineral*. Quise desentrañar la sustancia de esta obra porque siento que es el mismo tema de *Muerte sin fin*. No lo puedo asegurar, porque no tengo fundamentos para hacerlo. No los encontré,



Inés Arredondo

fue un fracaso. Pero eso siento. Creo que hay una relación mucho más grande entre esos poemas, como lo hubo entre Cuesta y Gorostiza. Cuentan que hay una novela de Gorostiza que aborda precisamente su relación con Jorge Cuesta, pero que la familia no la quiere dejar ver y mucho menos publicar.

EL DOLOR DE LAS SEPARACIONES

-Le gusta la inteligencia. ¿Qué personas inteligentes, pero verdaderamente inteligentes, ha conocido?

-Que haya conocido bien, Rosa Chacel y Ramón Gaya, entre otros. Son inteligentes de verdad. Le falta a uno un poquito y al otro otro poquito para ser geniales. En realidad lo que han escrito o pintado no expresa por completo su genialidad. Como que hay una distancia entre su genio y su obra. No que lo que hayan creado no sea bueno, Ramón está triun-

fando espectacularmente en Europa, y Rosa es muy leída, pero hablar con ellos es otra cosa; lo sé porque he sido testigo de ello, y se habla mejor con un cómplice que con una máquina de escribir, o un pincel. Los pongo porque están lejos y mis palabras ni siquiera llegarán a sus oídos -pero si pusiera aquí la lista de mexicanos, me metería en un lío. Sólo mencionaré a los de mi generación en la *Revista Mexicana de Literatura*.

-¿Qué se siente convivir con un hombre con talento como Tomás Segovia?

-Es muy exaltante. Cada día es distinto, cada día hay algo nuevo. Mi matrimonio con Tomás fracasó por otros motivos, pero mientras duró, aprendí muchas cosas. Unas buenas y otras brutalmente malas.

-¿Cómo fue su relación con Juan García Ponce?

-¡Ah!, ¡espléndida! -dice tan sólo y guarda silencio.

-¿Y la propia inteligencia? Porque para ser cómplice de un ser inteligente se necesita ser inteligente.

-Fui inteligente. Pero las enfermedades y el dolor me han hecho cambiar. Inteligente, no, ya no lo soy, por desgracia.

-¿Habla del dolor físico o el de las separaciones?

-De los dos. El dolor de las separaciones es tremendo. Es el dolor de la muerte y rompe muchas fibras íntimas dentro de uno. Nos hace más duros, insensibles.

-¿Así es usted ahora: dura, insensible?

-Sí. Por estas cosas que le digo: por la gran desilusión que es la muerte y por la separación de los inteligentes. También por el dolor físico. Limita de una manera terrible y prácticamente ocupa toda la atención y todo el espacio.

ESPERO LA MUERTE

Volvemos a la primera pregunta y a su respuesta: "Caminar no camino, hacer no hago, y pensar... pienso en la muerte". Añade:

-Sí, pienso en la muerte; la espero y a veces la espero desesperadamente. Hay,

otra vez, esa mezcla de resignación y desafío. Esos ojos claros que, aunque retadores, luchan contra la lágrima. Me ha dicho: "Me duele, claro que me duele lo que usted me pregunta".

Es la parte más *intimista* de la conversación. Así le dije: me pidieron hacer una entrevista de corte *intimista*. Ella sonrió y aceptó: "pregunte lo que sea".

—¿Por qué abandonó la posición de señorita provinciana?

—Porque tuve problemas con Dios. Por eso quise estudiar filosofía, para tratar de esclarecerlos, de clarificar mi pensamiento. No me puse a pensar, claro, que iba a ser diferente a mis amigas. Creí que iba a hacer mi carrera pero que iba a regresar a Culiacán, a casarme, a tener hijos, a seguir la misma vida de todas.

—Esos problemas con Dios ¿de qué índole eran?

Se encoge de hombros:

—Empecé por problemas como el de que la Justicia y la Misericordia no se llevan. Problemas muy primarios pero muy importantes para mí. Y seguí hasta llegar a preguntarme sobre la existencia de Dios, y el día en que me convencí de que no existía, me iba a suicidar.

—¿Por qué?

—Porque pensé que la vida sin Dios no tiene sentido. Y lo sigo pensando...

—¿No ha cambiado su idea?

—No. Dios no existe. Si vivo es por el amor, el amor humano. Por eso me duele mucho cuando se me acaba un amor, muere un amigo, me separo de alguien o algo me separa de un ser amado, y cuando los hijos se van de casa. Por eso le decía: ¿en qué pienso ahora? En la muerte... Desde su silla de ruedas, Inés Arredondo me clava su mirada inquisidora. "Qué más?, parece preguntar.

—¿Se siente usted defraudada? ¿Defraudada de la vida, del amor, de sus parejas?

—No. Tengo un marido maravilloso, verdaderamente maravilloso, con el que comparto muchas cosas. Ayer por la tarde nos pasamos leyendo a Shakespeare.

Nos comunicamos mucho. ¿Defraudada por él? No.

—¿Con un marido así, ¿para qué pensar en la muerte?

—Ya se lo dije: por la falta de sentido; del dolor por el dolor mismo. El dolor de las separaciones y el dolor físico. Años de estarlo domando para a pesar de él poder hablar así con usted, para poder comer, para poder desplazarme —y señala su bastón, su silla de ruedas—. Eso hace mucho daño. Pero preferiría no hablar de ello. Prefiero sobrellevar mi dolor con dignidad, con entereza, como he tratado de hacerlo hasta ahora...

—Y la ausencia o presencia de Dios, ¿qué papel juega en todo esto?

—Yo necesitaría un Dios personal, que no existe. Se dice ahora que uno cuando muere se convierte en energía y todo eso. A mí no me interesa. Me interesaría morirme y seguir siendo Inés Arredondo. Con mi historia, es decir, con mi yo. Si le rebanaran a mi historia muchas metidas de pata, qué bueno, pero con mi yo; y eso es absurdo e imposible.

—Una pregunta "de cajón": si volviera a nacer, ¿qué quitaría de su vida?

—Lo que se puede contar... —reflexiona—. Quitaría la educación que me dieron. Me rebelo contra ella porque me hicieron tímida, me hicieron sentir poca cosa, lo cual me hizo daño toda la vida. Por ahí empezaría: por cambiar todo eso y mi primera adolescencia.

—¿Y sería escritora?

—Por supuesto.

—¿Una escritora con una obra más extensa?

—Sí. Me hubiera gustado escribir más cuentos y haber terminado esas novelas que quedaron pendientes.

—Las seguiremos esperando.

—No, no. Ya lo intenté tres veces y no puedo. Soy muy ambiciosa. Necesito documentarme mucho y creo que no estoy en condiciones de hacer todo el trabajo de investigación que necesito. Hice algunos intentos. Molesté a muchas personas que me documentaron o que me dieron

su opinión, pero a la hora de sentarme a escribir no pude: tenía y tengo la impresión de que escribo mamarrachadas...

—Esa última novela inconclusa, ¿de qué trata?

—No se lo voy a contar. Le diré tan sólo que es una novela sobre la religión. La historia de un hombre muy religioso que deja a su familia para vivir como monje, y todos los problemas que se le presentan. Tengo la trama, los personajes, los nombres, todo, pero no se me da.

Diez días antes de su muerte, Inés Arredondo me citó, para entregarme las "correcciones" de la que es quizá la última entrevista que concediera a algún medio informativo.

Con su estilo tan personal, quería que cada palabra anotada fuera exactamente el significado de sus pensamientos y sus vivencias. Jamás aceptó los sinónimos para sus cuentos, como tampoco para sus conversaciones y menos aún en las entrevistas. Guidó en esta última las frases hechas, los puntos anotados y sobre todo el no comprometer a tal o cual persona relacionada con su vida sentimental.

Ya en su departamento de la colonia Condesa, me invitó a sentarme en su cama. Lista para recibirme, se había maquillado y portaba una bata color violeta. Con dificultad me extendió el borrador donde se encontraban las correcciones hechas de su puño y letra, algo deformada.

Me acerqué una silla para que se esforzara menos. Lo agradeció. Fue entonces que ese carácter enérgico se sacudió y nos dimos tiempo para las explicaciones. También era un buen pretexto para intimar un poco. Sincera, abierta, me habló de los diez años de su parálisis, de las operaciones —caminaba para realizar su aseo personal—; los dolores eran cada día más intensos y a pesar de todo continuaban cerca de ella una pizarra portátil y encima las hojas de papel revolución donde forzaba la escritura de un cuento nuevo.

Le pedí que lo concediera a la Revista. Pensé que se animaba. Ahora creo que ella sabía que no vería la entrevista ni su cuento publicados. ◇

S. R. V.